

Como Ceferino se sentaba en el fondo de la clase elegía al final y a veces no encontraba los colores que a él le gustaban.

¿Y por qué se sentaba Ceferino en el fondo de la clase? Porque estaba repitiendo cuarto grado. Era el más alto y algunos decían en voz baja que era el más zonzo.

Ese año estrenaban bancos nuevos. Así es, no eran como los viejos que rechinaban y estaban tan gastados. Eran blancos, brillantes, y con sólo pasarles un trapito se les limpiaban las manchas.





A Ceferino no le tocó banco nuevo porque era el alumno número treinta y uno y habían llegado sólo treinta bancos.

Así que acomodaron en un rincón, ese banco de antes, de madera oscura. Tenía rayas, manchas, dibujos y palabras escritas con cortaplumas.

El banco protestaba un poco cuando Cefe se movía, pero a cambio de eso tenía una hendidura para las lapiceras donde cabían justo su birome y los cinco lápices de colores.

Lo más raro, sin embargo, era el agujero calado a la derecha. Antiguamente se encajaba ahí un frasquito. Eso le contó su mamá a Ceferino. Su mamá había ido a la escuela hasta tercer grado así que sabía. No había biromes entonces, le dijo, los chicos escribíamos con tinta y mojábamos la pluma metiéndola adentro del tintero.